

Cítricos deseos

Naranja y erotismo en el arte y la cultura

«Y el que lo ama todo, lo quiere todo para tocarlo y regarlo sobre su piel y mamar los zumos de cada cuerpo fruta».

Carlos Fuentes, *Las buenas conciencias*, 1959.

La naranja, el naranjo y el azahar han acompañado a lo largo del siglo xx la turbación, el deseo, la provocación y el sexo de los amantes, siendo la primera novela que recoge estos elementos y que da comienzo al siglo, *Entre Naranjos* (1900), escrita por Vicente Blasco Ibáñez. La novela narra la historia de un gran amor: Leonora, mujer independiente, cosmopolita y wagneriana, regresa a su pueblo natal, Alzira, donde se convierte en el ideal femenino de un inmaduro y provinciano aspirante a diputado, Rafael Brull. La diva acapara el pensamiento de Rafael y una tarde saturada de olor a naranja madura, el protagonista desespera en una evocadora escena:

«(...) Y acercando a su boca el perfumado fruto, clavaba en la dorada carne sus dientes blancos y brillantes. Cerraba los ojos con delicia, como embriagada por la tibia dulzura del jugo. Crujían los gajos entre sus dientes, y el líquido de color de ámbar rezumaba, cayendo a gotas por la comisura de sus labios carnosos y rojos.

Rafael estaba pálido y tembloroso, como si le agitase un propósito criminal. (...)

Le enloquecía aquella boca impregnada de miel, y de repente, disparándose en él la pasión contenida y sujeta por el miedo, se abalanzó sobre la artista, la agarró con las manos y busco ávido sus labios, como si pretendiera beber el zumo que se deslizaba hasta la redonda barbilla.»

Aunque será el naranjo en flor el que provocará el despertar de los sentidos de Leonora que, en una noche primaveral, se rinde ante el exaltado amor de Rafael. En este sentido, tal vez sea *Entre Naranjos* la novela que de forma más sensual ha relatado la complicidad del naranjo en la voluptuosidad del encuentro carnal.

Y es que la literatura, tanto en prosa como en verso, ha relatado tanto aquí como al otro lado del Atlántico momentos

SOFÍA
BARRÓN
Y JUDITH
NAVARRO
HISTORIADORAS
DEL ARTE
Y COMISARIAS
DE LA EXPOSICIÓN*

* Estas breves líneas son tan sólo un breve análisis, con las debidas actualizaciones, de una investigación de casi tres años de duración que se materializó en una exposición: *Cítrico Deseo*, llevada a cabo en las expositivas de la Universitat de València, gracias al apoyo del Vicerrectorado de Cultura de dicha Universidad en Julio-Septiembre del 2003, itinerando al Centre Cultural La Mercè, de Burriana (Castellón), población naranjera por excelencia, entre octubre y noviembre de este mismo año. En la actualidad la muestra continúa itinerando. Existe un catálogo donde se recoge el texto y el gráfico completo.

distancia

Cítricos deseos



Anselmo Miguel Nieto.
Desnudo. 1920. Museo provincial de Jaén.



Gran desnudo americano. Tom Wesselmann. 1968. Colección Mrs. Morton G. Neumann, Chicago.

Disfruta la fruta. Antonio de Felipe. 2003.



de arrebató sexual donde la pasión subyace de forma más obsesiva: si se desató con el florecimiento del naranjo o si el jugo del fruto regó la boca de la amante.

Uno de los autores de la narrativa actual que, al menos en dos ocasiones ha mostrado cómo la pulsión sexual aflora de la mano del sol de la costa, del calor, del mar y del atardecer, ha sido Manuel Vicent, en sus obras *Pascua y Naranjas* (1967) y *Son de mar* (1999).

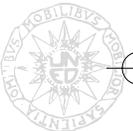
Las infidelidades, la servidumbre y los escándalos junto al fruto los relata José Miguel Borja en *Las Naranjas de Oro* y donde el sexo se convierte en brutalidad en el teatro es de la mano de Fernando Arrabal, que escribió en 1968 la breve obra *Una naranja en el monte de Venus*. La historia es de corte sadomasoquista, donde Goya exprime una naranja sobre el pubis de Lois, en un relato de jaula, látigo y órdenes: «Abre las piernas, que pueda lamerte cómodamente».

También el mexicano Carlos Fuentes le rindió tributo al fruto, en 1993, con su novela *El naranjo*, donde hallamos de nuevo el gesto que se repite constantemente en todos los ámbitos artísticos, la dulzura de la succión y lo cálido del jugo:

«Mordí con alborozo la cáscara amarga, hasta que mis dientes desnudos encontraron la carne oculta de la naranja; ella, la mujer-fruta, la fruta-fémica. El jugo me escurre por la barbilla».

Asimismo, y en verso, en verso la naranja ha inspirado a genios poéticos como Federico García Lorca, Pedro Salinas, Miguel Hernández o José Gorostiza.

En cuanto al mundo de la música culta, también recoge su relato amoroso salpicado de naranjas en la ópera de



distancia

Colaboraciones

máscaras, poesía, humor y amor que Prokofiev compuso en 1921, con libreto inspirado en *El amor por tres naranjas*, del dramaturgo Carlo Gozzi.

En las religiones de los antiguos pueblos, el reino vegetal fue objeto de culto, fruto de la relación hombre-naturaleza, por la necesidad del hombre de saciar su apetito. Es por esto por lo que, en la pintura, numerosas deidades portan como atributo un fruto. Es el caso de Venus, diosa del amor, del deseo, la belleza y la fertilidad, que se asocia directamente con la naranja, fecundo fruto, cuya redondez se equipara con las voluptuosas formas femeninas.

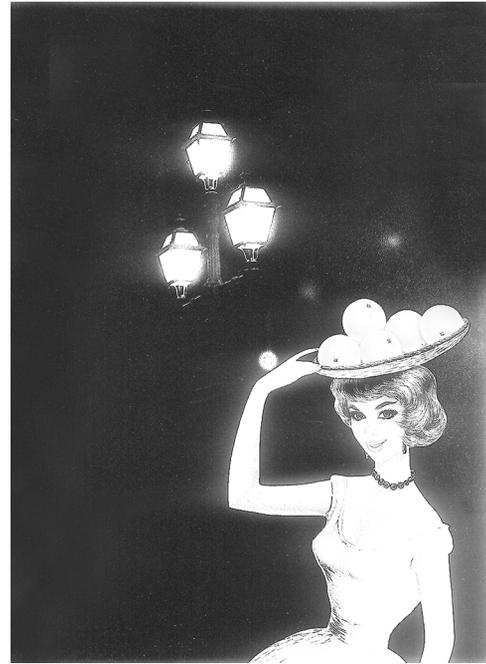
Uno de los pasajes mitológicos más afamados es, sin duda, el del *Jardín de las Hespérides*; las manzanas que crecían en él fueron identificadas en el s. III como naranjas, que en la Antigüedad y Renacimiento se conocían como *medica mala* —manzanas de la salud—.

Numerosas obras pictóricas de carácter mitológico de los siglos XV y XVI han relacionado a la Diosa del deseo con el cítrico. Es el caso de *La Primavera*, de Boticelli, en el que la figura de Venus se halla rodeada de árboles frutales cuajados de naranjas.

Significativa también es la obra de Bronzino, *Venus abrazada por Cupido o Descubrimiento de la Lujuria*, de 1546, en la que el erotismo está presente de manera contundente. Las blancas carnaciones contrastan con el brillante y anaranjado fruto que sostiene la Diosa del amor, guardando un paralelismo compositivo con el seno que acaricia Cupido. Las alegóricas figuras del fondo simbolizan el goce, los celos y la traición amorosa.

Así como en las divinidades la naranja se asocia directamente con la lujuria, en las obras donde se refleja lo terrenal, el cítrico simboliza fecundidad,

La vendedora nocturna.
Dis Berlin. 1998.



es decir, la semilla como origen de vida en la intimidad del hogar. Esta premisa se hace patente de manera explícita en la obra maestra de Jan Van Eyck, *El matrimonio Arnolfini*, de 1434. Numerosas claves simbólicas inundan la composición, remitiendo al espectador todas ellas a la fertilidad; una de estas claves es la naranja, que descansa en el alféizar de la ventana.

Por otro lado, en la pintura nunca faltan en los banquetes orgiásticos los frutos asociados a la mujer, que pretenden ser apetitosa, como sucede con la comida y la bebida. El paralelismo establecido entre el sexo y la alimentación se manifiesta en obras como *El rey bebe*, de Jacob Jordaens (1645), o *El jardín de las delicias*, de El Bosco, llegando hasta obras contemporáneas como *La Cena* de Botero (1994).

Como es conocido, el desnudo femenino ha sido inspirador de artistas

distancia

Cítricos deseos



Fluttuano, ingigantite, allungate, nell'oceano splendore autunnale le forme que pare tocarle. Gaetano orazio. Magda Castel.

durante la historia de la pintura. El cuerpo, en sí mismo, crea una obra de arte; esta desnudez abarca desde la inocencia más pura hasta la lujuria más carnal. Y en este sentido, la *apetitosa* mujer que sacia la sed del hombre, a menudo está acompañada o reforzada por símbolos que la caracterizan. Es el caso de obras como *Mestiza desnuda*, de Juan de Echevarría, de 1923, el *Desnudo*, de Anselmo Miguel Nieto, de 1920, o *La Carta*, de Botero, donde es la naranja la fiel compañera de la fémina que se ofrece sin pudor, a la espera de que alguien la posea, al igual que el fruto.

El legado de la historia del arte ha tenido su continuación en artistas contemporáneos presentes en la actualidad artística, en que cada uno de ellos tratan la sensualidad cítrica con un lenguaje propio, que va desde la magnificencia corpórea heredada de Botero, pasando por fragmentaciones que nos acercan a

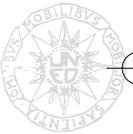
Wesselmann, hasta obras inundadas de color neopop o incluso kitsch. Resaltaremos aquí la obra de Antonio de Felipe, *Disfruta la fruta*, 2003, donde el autor nos muestra a una mítica Sara Montiel, seductora, en un gesto explícitamente erótico, en que, como hemos visto y continuaremos viendo, ella entreabre la boca para morder una naranja. Aunque, en este caso, el fruto es masculino: se trata de *El Naranjito*, mascota de los Mundiales de fútbol celebrados en 1982. La actitud de la actriz es, pues, la de devorar a la gran mayoría de la población masculina.

En esta línea pop se mueve también Dis Berlin, en su *Vendedora Nocturna*, realizada en 1998, en la que el artista muestra a una mujer que parece extraída de la fantasía erótica masculina de los años 50, que mira seductora al espectador, ofreciéndole el canasto de naranjas que reposa en su cabeza, aunque por el título y la actitud, no es exactamente el fruto lo que pretende vender.

A las mujeres de curvas más que rotundas nos lleva la italiana Magda Castel en obras como *Fluttuano ingigantite, allungate; nell'oceano splendore autunnale le forme que pare tocarle*. En ellas, la artista nos acerca a la mujer musa, enamorada de sí misma, con su eterno acompañante perverso: el espejo. Pero, además de este elemento turbador, hallamos en el ángulo inferior izquierdo de la obra la fruta que observa su acto auto-erótico: la naranja.

El kitsch arrebatado nos lo ofrecen Equipo Límite, donde bien con un lenguaje de cómic o con sombras de mujeres como símbolo sexual, nos muestran la altivez y la toma de posición de una mujer ante la mirada de un hombre digno de poseerla.

A su vez, la visión oculta y voyeurística nos la presenta Ximo Amigó en su



distancia

Colaboraciones

serie *Ullar*, realizada en el año 2000, donde prácticamente el artista no nos deja entrever la acción, pues la esconde tras grandes empastes blancos, obligando al espectador a descubrirla: esto es exactamente lo que sucede en la escena planteada, donde un hombre observa por un catalejo, y el objeto que atrae su mirada es una gran naranja. El fruto ha quedado ya personificado por completo.

En este somero esbozo, que se refiere a la historia de la pintura, se muestra la naranja como elemento definitorio de la sexualidad de la mujer; tanto por sus características físicas, como por las semillas que alberga el fruto y por la búsqueda del amor idealizado, del equilibrio emocional, que manifestamos con la expresión *la media naranja*.

Estas premisas que hemos introducido se han manifestado de la misma manera en otros soportes artísticos del siglo xx, como son el grafismo comercial, la fotografía, el cómic, el cine, etc.

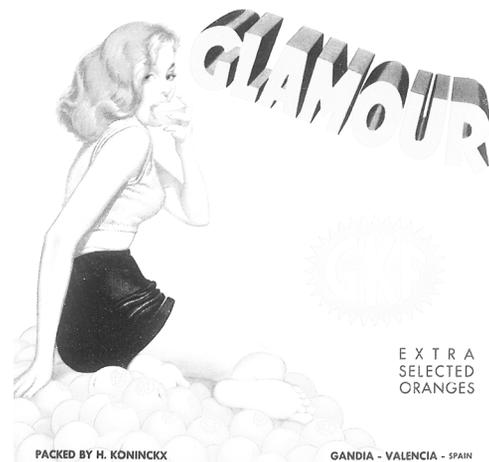
Dentro del grafismo comercial, hay numerosas versiones en forma de publicidad que recurren al reclamo erótico, donde la atracción y seducción son las claves para fomentar el consumo.

La publicidad más directa la encontramos en las marcas naranjeras que, ubicadas en los testeros de las cajas, identificaban los cítricos valencianos en el mercado exterior.

En ellas, se evidenciaba la arquetípica mujer, identificada con diversos roles sexuales que abarcan desde la *lolita*, hasta la poderosa *femme fatale*. Un ejemplo de ello son las marcas *Glamour* y *Fanbor*.

Incluso ciertas publicaciones periódicas de diversa índole han sabido extraer el jugo de este reclamo: coetáneas a las marcas naranjeras, siguiendo las mismas directrices, *La semana gráfica* n.º 103, de 1928, se equipara directamente con los rasgos de mujer devora-

Glamour. Ca. 1960.
S. Durá. Valencia.



Valencia Fruits.
Publicación periódica
n.º 289.



dora, así como la portada de la revista *Valencia Fruits* n.º 289, de 1967, que muestra una provocadora *lolita*, en la misma actitud que la joven que aparece en la marca *Glamour*.

A su vez, la cartelística de las décadas entre los años 50 hasta los 70 muestra también esta comentada relación sexo-

distancia

Cítricos deseos



Fanbor. 1958. Gráficas Valencia.



Agrisana. E. Cerdá. 1963. Mirabet Valencia. Colección Carlos Velasco.

naranja, en lo que se refiere a publicidad de refrescos y licores.

Dos destilerías, *Carbó* y *Napha*, ape- lan a lo erótico con el fin de incitar y seducir a sus posibles consumidores, mientras en el cartel de destilerías *Carbó*, la exótica Carmen Miranda deleita con un sensual baile a *Los tres caballeros* de los

dibujos animados de Walt Disney agitando una alargada botella de curaçao, flanqueada por dos frondosos naranjos repletos de lustrosas frutas.

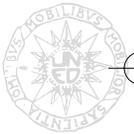
Más perverso es el juego que se evidencia en el cartel de destilerías *Napha*, donde se dan encuentro los símbolos sexuales por excelencia, como la sumisión, la máscara y la vestimenta dieciochesca. Una dama mira, en actitud arrogante, a su siervo arrodillado y enmascarado, que le ofrece el anaranjado licor.

La misma actitud de reverencia masculina frente a una poderosa fémina se da en el cartel de hilos *Aida*. Las frutas, entre las que destaca la naranja, son símbolo de abundancia de la ostentosa mujer, que nos traslada al mundo de la época de Verdi.

El cartel de *Kas*, de 1960, vuelve a acercarnos a los encuentros hombre-mujer que se miran y sonríen descaradamente con el ácido refresco en las manos. Pero es quizá el cartel *Agrisana* donde más patente se hace el binomio sexualidad-naranja. Una sensual mujer inclina la cabeza hacia atrás cerrando los ojos y entreabriendo los labios, sofocando su sed a través de un anaranjado refresco que tiene «algo más que eso...». Se ha aludido directamente a la forma fálica por medio del vaso, y el alargado y esbelto cuello de la sugerente mujer.

Prototipos similares de mujer voluptuosa y devoradora lo encontramos en el cómic.

A principios de los 60 comienza una saga de super heroínas, de mínimo vestuario y máximas curvas, que descienden de la archiconocida *Barbarella*, creada por Jean Claude Forest, iniciando así el auge de los cómics para adultos, donde el escenario de la ciencia ficción se impregna de erotismo. Esta rubia explosiva fue la impulsora de todo un movimiento de supermujeres, cuyos nombres



distancia

Colaboraciones

finalizaban en *ella*, sufijo de reclamo erótico.

Una década después aparece su más famosa sucesora, *Vampirella*, exuberante morena de escaso vestuario rojo-sangre, que combina con altas botas negras de tacón, símbolo sexual femenino por excelencia.

Desciende directamente de estas dos *Fallerela*, heroína valenciana inventada por Carles Recio en el año 2000. Fallerela es una voluptuosa mujer, defensora de lo valenciano, ataviada con un vestuario que remite a los símbolos de su tierra, tanga *senyera* y sujetador *rat-penat*, botas altas, antifaz y peinetas típicas del traje regional. El elemento más significativo de la heroína es el arma con la que cuenta: las naranjas flamígeras, ardientes cítricos con los que ataca. Las naranjas mortales acentúan los encantos de sus redondeces que evidencian su feminidad.

Una feminidad más terrenal nos la ofrece la fotografía, cuya muestra de realidades nos acerca aún más a esas concomitancias físicas entre la naranja y las formas de la mujer. Es en este soporte donde más patente se hace la asociación física de la fruta y los senos, es decir, la mimesis fotográfica del pezón. Es la foto de Eva Dueñas, *Me haces sentir tan ácida...*, premiada en el certamen internacional de fotografía de Burriana (Castellón), 2002, donde la piel del fruto nos traslada a la excitada piel de los senos femeninos.

En *Interioritats*, de Enric Pamies, de 1991, del mismo certamen, tres fotografías del interior de una naranja, son la metáfora visual del jugoso, suave y carnoso genital femenino.

Otro tema recurrente es el juego erótico del mordisqueo y deleite del sabor del jugo del gajo de naranja que una mujer lleva a su boca, saciando su apetito y sed como en la fotografía *Vida*, de Kel-

Boceto para el personaje
de Fallerela.
Paco Zarco. 2003.



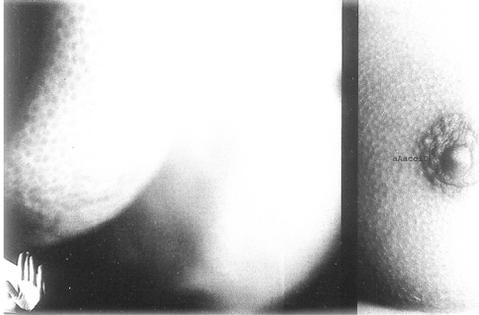
vin fotógrafos, 1990. Por su parte, Mike Taylor nos muestra una serie donde la temática dominante es la fecundidad, haciendo referencia al deseo, el embarazo y la maternidad.

En el ámbito cinematográfico, son diversos los filmes que reflejan la sensualidad que puede adoptar una mujer en actitud devoradora de un alimento y, de hecho, a algunos cineastas han recurrido al mediterráneo fruto como elemento provocador.

La primera película objeto de estudio fue *The Torrent*, adaptación hollywoodiense de la novela *Entre Naranjos*, de Vicente Blasco Ibáñez, dirigida por Monta Bell en 1926. Película protagonizada por una recién llegada al cine norteamericano Greta Garbo, como Leonora, y Ricardo Cortez, como Rafael Brull; muda y con íntertítulos en inglés, que podríamos calificar de apoteósicos. En

distancia

Cítricos deseos



*Me haces sentir
tan ácida...*
Eva Dueñas Torres.
2002.

Serie interioritats.
Enric Pàmies.
1991.



general, se trata de un filme alejado de la realidad referencial novelada; la base folletinesca y el marco paisajístico son traducidos, en la gran época de la expansión de la industria cinematográfica norteamericana, con atributos folcloristas y una distorsión vía exotismo notable, alejándose de las ficciones que creaba Blasco en sus obras llenas de elementos y signos propios.

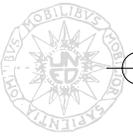
La película se desarrolla en Alzira, población rodeada de campos de naranjos. Los protagonistas se convierten en amantes en una noche primaveral, turbados por el aroma del azahar, convirtiéndose los huertos de naranjos en testigos de su pasión. Cada uno de los encuentros de Rafael y Leonora tienen presente el azahar a modo de fetiche.

En *Persecución hasta Valencia*, dirigida por Julio Coll en 1967, el *leitmotiv* del argumento de la película es la na-

ranja. La escena que nos lleva a incluir esta rara coproducción italo-española es aquella en la que la protagonista, una joven *hippie* llamada Gil, tras ocupar la casa del detective, pela una naranja, y toma una ducha bajo la oculta mirada de Harry. Al descubrirle, lejos de sorprenderse por la presencia del investigador, le solicita una toalla y el fruto, para continuar mordisqueándolo. En un erótico gesto, él le ofrece la naranja y ella come de su mano, exaltándose con esta actitud, la sumisión de la fémina, frente a la irresistible virilidad del galán.

Sin embargo, es quizá en la película *Kika*, de Pedro Almodóvar, 1993, donde el parangón mujer-naranja-encuentro sexual se hace más evidente, porque en este film no se habla de sensualidad, sino de sexo explícito. La escena a analizar es la de la violación de Paul Bazzo a Kika, momento almodovariano por excelencia, por reinar lo absurdo y la intención de ironizar y trivializar las perversiones humanas. Bajo una estética colorista muy pop, Verónica Forqué, ataviada con una sensual y breve indumentaria permanece dormida, cuando es agredida por un ex actor porno. Paul Bazzo desata su instinto sexual y comienza a introducir en el sexo de la protagonista un gajo de naranja, que previamente ha relamido, mientras Kika sonríe entredormida pensando que su pareja la acaricia. La cámara asciende mostrando al espectador una obra de Dis Berlin, que plasma un clásico desnudo femenino y una enorme manzana, evidenciando con esto un paralelismo entre la escena plástica y la rodada, así como la relación entre la naranja y la tradicional fruta del pecado.

Otro director cinematográfico, Vicente Aranda, ha recurrido en dos ocasiones a la naranja como motivo de atracción sexual y fiel acompañante de la mujer.



distancia

Colaboraciones

En *Celos*, rodada en 1999, la industria naranjera es el hilo conductor de este obsesivo drama. La película relata las pasiones de un triángulo amoroso, que desembocará en una actitud esclava y enferma de los protagonistas.

El prototipo de mujer que muestra Vicente Aranda, repetido en casi todos sus filmes, es el de mujer insaciable, de sexualidad tan contundente y exacerbada que es capaz de intimidar al hombre. En ella, la actitud desenfadada de Carmen llena de miedos y celos a Antonio, que teme ser traicionado.

El sexo invade las escenas, ya sea en forma de encuentros amorosos, conversaciones entre mujeres (obscenos comentarios del tipo: «pues si el violador que me violó a mí cuando yo tenía 15 años, que era un chulo putas, te lo juro, y que lo último que me dijo fue anda y que te preñe un mono, si lo veo aparecer ahora por entre los naranjos, ras-cándose los huevos, me derrito por la pierna abajo»), o de relaciones sexuales que tienen lugar en campos de naranjos o en almacenes donde se manipula el cítrico.

En *Carmen*, 2003, Paz Vega, repite el prototipo de mujer carnal, que desata sus instintos primarios, de actitud desatada e irracional. La protagonista, cuando presiente cerca una relación sexual o la ha consumado, come, devora, succiona y, generalmente, son las frutas asociadas al placer las que sacian su sed: uvas, manzanas y naranjas.

También es Bigas Luna el director que nos introdujo, en el año 2000, en la sensualidad del Mediterráneo en *Son de Mar*. Se trata de la revisión del mito clásico de Ulises, aunque aquí la historia de amor, de pulsión sexual muy fuerte, siempre aparece en compañía de la naranja. Los protagonistas son esclavos de su sexualidad. El sexo los une y los separa.

Fotogramas: *Celos*.
Vicente Aranda. 1999.



En el primer encuentro de los futuros amantes, el alimento está presente: él come y en su gesto se percibe el deseo de comerla a ella. Planos siguientes muestran a Martina, tumbada sobre el lecho chupando una naranja y a Ulises en la habitación contigua pensando en ella. En el primer acercamiento pactado, minutos antes de besarse, ella come de nuevo el fruto y él se lo arrebató, lamiéndolo. Son frecuentes en toda la película las apariciones del fruto, siempre antes de que se materialice el acto sexual.

La intención última de este análisis ha sido introducir al lector en un gesto, en una interiorización de actitudes, en una forma a la vez explícita y perversa de mirar la sexualidad que han repetido durante todo el siglo XX ilustradores, pintores, fotógrafos, directores y escritores.

Y como decía Sade: «No hay pasión más estrechamente asociada a la lujuria que la embriaguez y la gula».